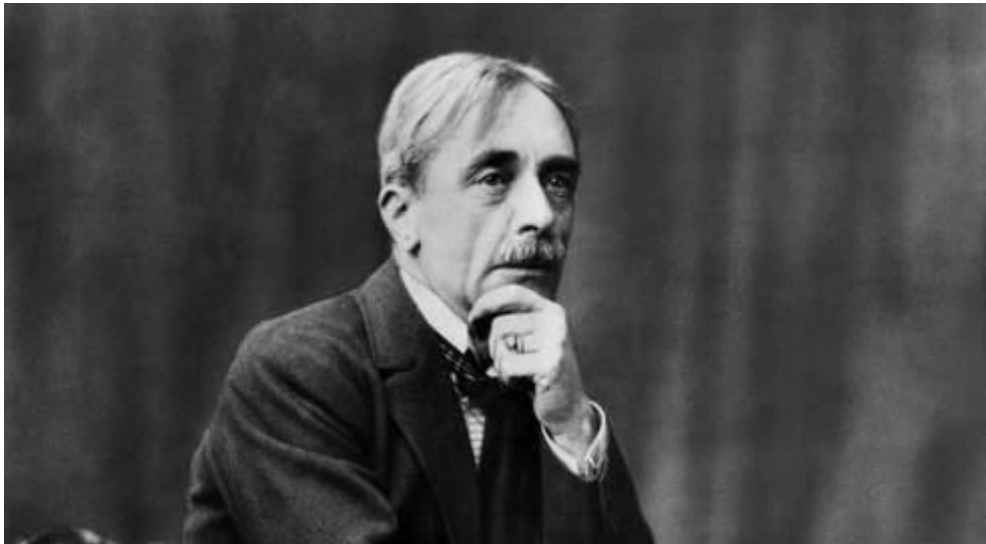


Paul Valéry

(1871-1945)



Tertulia poética
Biblioteca municipal de Irún
14 de marzo, 17:30

<http://tertuliaspoeticas.blogspot.com>

LA JOVEN PARCA

Traducción de Renaud Richard

*¿Habrá formado el cielo este montón de asombros
para morada de una sierpe?*

PIERRE CORNEILLE

¿Quién llora ahí, si no es el viento simple, en hora
tan sola, con diamantes extremos? Mas, ¿quién llora,
tan cerca de mí misma ya a punto de llorar?

Esta mano, que sueña mis facciones rozar,
a algún profundo fin se rinde distraída,
y espera a que una débil lágrima se derrita,
y a que de mis destinos, despacio dividido,
quedo, el más puro alumbre un corazón partido.
Las olas me murmuran de reproche una sombra,
O extraen aquí abajo, en gargantas de roca,
con amargor bebida una desilusión,
de cierto estrechamiento, de queja algún rumor...
Tú, ¿qué haces erizada, qué hace esta mano helada,
Y que estremecimiento de alguna hoja borrada
persiste entre las islas de mi desnudo pecho?...
Centelleo, ligada a este ignoto cielo...
Brilla el racimo inmenso a mi sed de fracasos.

Poderosos extraños, inevitables astros,
que os dignáis encender a lejanos mortales,
no sé qué cosas puras y sobrenaturales,
vosotros que en su ser hundís hasta las lágrimas
esos fulgores reyes y no vencibles armas,
y las lanzas punzantes de vuestra eternidad,
sola estoy con vosotros, trémula, tras dejar
mi helecho, y de la mordida piedra,

le pregunto a mi pecho qué dolor lo despierta,
qué crimen por mí misma —¿sobre mí?— perpetrado...
...¿O si el mal me persigue de un sueño clausurado,
cuando (anudando el soplo sedoso oro de velas)
con mis brazos espesos envolví mi cabeza,
y de mi alma estuve los lampos esperando?
¿Toda? Mas toda mía, y mis carnes domando,
rigiendo con temblor esa extensión extraña,
en mis vínculos suaves, de mi sangre colgada,
yo me veía viéndome, y doraba sinuosa,
de mirada en mirada, mis espesuras hondas.

¡Miraba ahí una sierpe, que mordido me había!

¡Qué caos de tesoros, esa cola!... ¡Qué mina
de deseos que huían de aquella mi avidez,
y qué sombría sed de pura limpidez!

¡Vaya astucia!... A la luz de ese dolor dejada,
sentíme conocida, antes que vulnerada.
Del alma en lo más falso, ya me sale una espina;
me alumbra y se conoce esta ponzoña mía:
colorea a una virgen a sí misma abrazada,
celosa... mas, ¿de quién celosa y amagada?
Y ¿qué sigilo es éste, que a mi solo amo le habla?
¡Dioses! En mi pesada llaga una oculta hermana
ardiendo está, y prefiérese a la extremada atenta.

“¡Vete! No necesito ya de tu raza ingenua,
¡querida sierpe!... ¡Abrázome yo, ser vertiginoso!
Deja ya de prestarme tu entrevero nudoso,
y esa fidelidad, que me huye, y me adivina...
Mi alma se basta sola, ¡adorno de ruina!
Ella sabe, en mi sombra desviando sus tormentos,
morder las rocas dulces, de noche, de mi pecho;
quédase en él chupando la leche de los sueños:
deja caer tu brazo de pedrerías lleno,
que de amor amenaza mi suerte espiritual...
Nada puedes hacerme con tanta crueldad
y encantos... Calma entonces, esas ondas sosiega,
llama a tus vorágines, tus inmundas promesas...
Se abrevia mi sorpresa: los ojos tengo abiertos;
yo no esperaba menos de mis ricos desiertos
que tal procreación de furor y trenza:
su lejanía ardiente fulgura tan reseca
por mucho que yo vaya, sitibunda, a mirar
los confines malditos de mi mente infernal...
Yo ya sé... es mi fatiga a veces teatral.
No es tan puro el espíritu que idolatra jamás
su saña solitaria del su triste sepulcro
con ímpetus de antorchas ahuyente los muros.
Todo aquí nacer puede de una espera infinita;
sométese la propia sombra a cierta agonía,
se entorna el alma avara, y del monstruo se espanta
que se está retorciendo en un umbral de llamas...
Mas, aunque hecha pareces de rápidos caprichos,
sierpe, oh vivos rodeos de halagos recorridos,
pesada languidez, y cercana impaciencia,
¿qué eres al lado de esta mi noche sempiterna?
Contemplabas mi sueño de hermosa negligencia...

mas soy con mis peligros y con mi inteligencia
más versátil, oh Tirso, más pérfida que aquéllos.
¡Vete! ¡al craso hilo vuelve del nocturno regreso!
Ve a buscar ojos ciegos a tus danzas macizas,
corre hacia otras camas tus mudas sucesivas,
nutre sobre otras almas el germen de su mal,
y ¡ojalá en los anillos de tu sueño animal,
hasta el alba jadeen inocencias ansiosas!...
Yo estoy velando, y salgo, pálida y prodigiosa,
húmeda toda de estas lágrimas no vertidas,
de una ausencia de líneas de una mortal mecida
por sí sola... Y rompiendo una tumba serena,
me reclino intranquila, y no obstante cual reina,
¡viendo cómo el más mínimo gesto de mis visiones
consulta mi soberbia, entre el ojo y la noche!”.

¡Mas temía perder aquel dolor divino!
En mi mano el colmillazo fino,
y no sabía más, de esa mi carne antigua
ya insensible, que un fuego, que en mis lindes ardía:

Adiós, pensaba, hermana, mi YO mortal, mentira...

Armoniosa YO, de un sueño tan distinta,
mujer flexible y firme, ¡de silencios erguidos
de actos puros!... Faz límpida, y de ondas suspendido,
tan lejos que lo acaba, vellosa y vaga, un aura,
leve pelo en el piélago que un viento embrolla y alza,

¡escuchadme!... La esposa, la igual era del día,
solo apoyo sonriente que de amor yo le hacía
a aquella omnipotente altura tan amada...

¡Qué sol en mis pestaña, ciegamente dorada,
oh párpados que oprimen tinieblas de tesoros,
rogaba como ciega en vuestra noche de oro!
Porosa a lo inmortal que sentía cercándome,
en mi drupa vellosa que él devora, brindábame.
Nada me murmuraba que un anhelo de muerte
en esta rubia pulpa plasmarse al sol pudiese:
de mi sabor amargo aún yo no sabía.
Sólo mi hombro desnudo sacrificar solía
a la luz, y sobre estos pechos hechos de miel,
que al cielo consumaban con su tierno nacer,
¡venía a amodorrarse de este mundo el emblema!
Después, en el brillante dios, vagabunda y presa,
ardiente yo arrancaba y la tierra pisaba,
mis sombras bajo el lino ataba y desataba.
¡Feliz yo! que alta como tantas flores hermosas,
dejaba que a mi falda se rindiesen corolas,
de su frágil soberbia en aquél doblarse;
y, si contraria al hilo de aquellas libertades,
si la falda se libra de la rebelde zarza,
de mi ágil cuerpo el arco se muestra y me delata,
¡desnudo bajo el vuelo de tan vivos colores
que disputa mi raza a vínculos de flores!

¡Echo casi menos tan inútil potencia!
Una con el deseo, yo fui la obediencia
inminente, ligada a mis rodillas lisas;
acciones tan veloces mis votos ya cumplían,

¡que apenas más ligera sentía yo mi causa!
Hacia mi ser radiante nadaba mi arcilla áurea,
y por la paz ardiente de naturales sueños,
aquel correr sin fin me parecía eterno.
Si no fuera, oh esplendor, que a mis pies la enemiga,
esa momia, ¡mi sombra! tan flexible e intranquila,
rozaba sin esfuerzo, pintando en él mi ausencia,
el suelo en que rehuía esa muerte ligera.
Entre la rosa y yo, la veo que se abriga;
en el polvo que baila, se escurre, mas no irrita
hoja alguna: ella pasa, quiébrase por doquier...
¡Corre tú!, oh barca fúnebre...

Y yo viva, de pie,

dura, y de esta mi nada secretamente armada,
mas cual por el amor la mejilla inflamada,
y la nariz ligada al soplo del naranjo,
ya no devuelvo al día sino un mirar extraño...
¡Oh, cuánto crecer puede en mi noche curiosa
de mi alma separada la parte misteriosa,
y de ensayos sombríos profundizarse mi arte!...
Lejos de entornos puros, soy cautiva, y mediante
el desmayo de aromas marchita y derribada,
bajo el sol siento cómo se estremece mi estatua,
cómo áureos caprichos recorren ya su mármol.
Pero sé lo que ve mi mirar ya borrado;
¡Mi ojo negro es umbral de infernales moradas!
Yo pienso, abandonado al céfiro las horas
y el alma sin retorno de tanto arbusto amargo,
pienso, del universo sobre el borde dorado,
en la sed de morirse que le entra a la Agorera
en quien la ilusión muge de que el mundo perezca.

renuevo en mí a mis dioses, mis enigmas renuevo,
mi andar interrumpido de palabras al cielo,
mis pausas, sobre el pie soporte del ensueño,
que sigue ave voluble por la su ala de espejo,
juega ella sobre el sol cien veces con la nada,
y arde, en la meta tétrica de esta mi abierta estatua.

(...)

EL CEMENTERIO MARINO

Versiones de Javier Sologuren y Jorgen Guillén

*¡Oh alma mía, no aspiras a la vida inmortal,
pero agota toda la extensión de lo posible.*

PÍNDARO, PÍTICAS III.

<p>Calmo techo surcado de palomas, palpita entre los pinos y las tumbas; mediodía puntual arma sus fuegos ¡El mar, el mar siempre recommenzado! ¡Qué regalo después de un pensamiento ver moroso la calma de los dioses!</p>	<p>Ese techo, tranquilo de palomas, Palpita entre los pinos y las tumbas. El Mediodía justo en él se enciende El mar, el mar, sin cesar empezando... Recompensa después de un pensamiento: Mirar por fin la calma de los dioses.</p>
<p>¡Qué obra pura consume de relámpagos vario diamante de invisible espuma, y cuánta paz parece concebirse! Cuando sobre el abismo un sol reposa, trabajos puros de una eterna causa, el Tiempo riel y es Sueño la ciencia.</p>	<p>¡Qué labor de relámpagos consume Tantos diamantes de invisible espuma, Y qué paz, ah, parece concebirse! Cuando sobre el abismo un sol reposa, Trabajos puros de una eterna causa, Refulge el tiempo y soñar es saber.</p>

<p>Tesoro estable, templo de Minerva, quietud masiva y visible reserva; agua parpadeante, Ojo que en ti guardas tanto sueño bajo un velo de llamas, ¡silencio mío!... ¡Edificio en el alma, mas lleno de mil tejas de oro. Techo!</p>	<p>Tesoro estable y a Minerva templo, Masa de calma y visible reserva, Agua parpadeante, Ojo que guardas Bajo un velo de llama tanto sueño, ¡Oh, mi silencio! En el alma edificio, Mas cima de oro con mil tejas, Techo.</p>
<p>Templo del Tiempo, que un suspiro cifra, subo a ese punto puro y me acostumbro de mi mirar marino todo envuelto; tal a los dioses mi suprema ofrenda, el destellar sereno va sembrando soberano desdén sobre la altura.</p>	<p>¡Templo del Tiempo, que un suspiro cifra! A esta pureza subo y me acostumbro, De mi marina mirada ceñido. Como mi ofrenda suprema a los dioses, El centelleo tan sereno siembra En la multitud soberano desdén.</p>
<p>Como en deleite el fruto se deslíe, como en delicia truécase su ausencia en una boca en que su forma muere, mi futura humareda aquí yo sorbo, y al alma consumida el cielo canta la mudanza en rumor de las orillas.</p>	<p>Como en fruición la fruta se deshace Y su ausencia en delicia se convierte Mientras muere su forma en una boca, Aspiro aquí mi futura humareda, Y el cielo canta al alma consumida El cambio de la orilla en sus rumores.</p>
<p>¡Bello cielo real, mírame que cambio! Después de tanto orgullo, y de tanto extraño ocio, mas pleno de poderes, a ese brillante espacio me abandono, sobre casas de muertos va mi sombra que a su frágil moverse me acostumbra.</p>	<p>Mírame a mí, que cambio, bello cielo. Después de tanto orgullo y tan extraña Ociosidad, mas llena de potencia, A este brillante espacio me abandono: Sobre casas de muertos va mi sombra, Que me somete a su blando vaivén.</p>
<p>A teas del solsticio expuesta el alma, sosteniéndote estoy, ¡oh admirable justicia de la luz de crudas armas! Pura te tomo a tu lugar primero: ¡mírate!... Devolver la luz supone taciturna mitad sumida en sombra.</p>	<p>A teas de solsticio el alma expuesta, Yo te sostengo, admirable justicia De la luz: luz en armas sin piedad. A tu lugar, y pura, te devuelvo, Mírate. Pero... Devolver las luces Una adusta mitad supone en sombra.</p>

<p>Para mí solo, a mí solo, en mí mismo, un corazón, en fuentes del poema, entre el vacío y el suceso puro, de mi íntima grandeza el eco aguardo, cisterna amarga, oscura y resonante, ¡hueco en el alma, son siempre futuro!</p>	<p>Para mí solo, en mí solo, en mí mismo Y junto a un corazón, del verso fuente, Entre el vacío y el suceso puro, De mi grandeza interna espero el eco: Es la amarga cisterna que en el alma Hace sonar, futuro siempre, un hueco.</p>
<p>Sabes, falso cautivo de follajes, golfo devorador de enjutas rejas, en mis cerrados ojos, deslumbrantes secretos, ¿qué cuerpo hálame a su término y qué frente lo gana a esta tierra ósea? Una chispa allí pienso en mis ausentes.</p>	<p>¿Sabes, falso cautivo de las frondas, Golfo glotón de flojos enrejados, Sobre mis ojos, fúlgidos secretos Qué cuerpo al fin me arrastra a su pereza, Qué frente aquí le inclina a tierra ósea? Una centella piensa en mis ausentes.</p>
<p>Sacro, pleno de un fuego sin materia; ofrecido a la luz terrestre trozo, me place este lugar alto de teas, hecho de oro, piedra, árboles oscuros, mármol temblando sobre tantas sombras; ¡allí la mar leal duerme en mis tumbas!</p>	<p>Cerrado, sacro —fuego sin materia— Trozo terrestre a la luz ofrecido, Me place este lugar: ah, bajo antorchas, Oros y piedras, árboles umbríos, Trémulo mármol bajo tantas sombras. El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas.</p>
<p>¡Al idólatra aparta, perra espléndida! Cuando con sonrisa de pastor, solo, apaciento carneros misteriosos, rebaño blanco de mis quietas tumbas, ¡las discretas palomas de allí aléjalas, los vanos sueños y ángeles curiosos!</p>	<p>¡Al idólatra aparta, perra espléndida! Cuando, sonrisa de pastor, yo solo Apaciento, carneros misteriosos, Blanco rebaño de tranquilas tumbas, Aléjame las prudentes palomas, Los sueños vanos, los curiosos ángeles.</p>
<p>Llegado aquí pereza es el futuro, rasca la sequedad nítido insecto; todo ardido, deshecho, recibido en quién sabe qué esencia rigurosa... La vida es vasta estando ebrio de</p>	<p>El porvenir, aquí, sólo es pereza. Nítido insecto rasca sequedades. Quemado asciende por los aires todo: ¿en qué severa esencia recibido? Ebria de esencia al fin, la vida es vasta, Y la amargura es dulce, y claro el ánimo.</p>

ausencia, y dulce el amargor, claro el espíritu.	
Los muertos se hallan bien en esta tierra cuyo misterio seca y los abriga. Encima el Mediodía reposando se piensa y a sí mismo se concilia... Testa cabal, diadema irreprochable, yo soy en tu interior secreto cambio.	¡Muertos ocultos! Están bien: la tierra Los recalienta y seca su misterio. Sin movimiento, arriba, el Mediodía En sí piensa y conviene consigo... Testa completa y perfecta diadema, Y la amargura es dulce, y claro el ánimo.
¡A tus temores, sólo yo domino! Mis arrepentimientos y mis dudas, son el efecto de tu gran diamante... Pero en su noche grávida de mármoles, en la raíz del árbol, vago pueblo ha asumido tu causa lentamente.	Yo, sólo yo, contengo tus temores. Mi contrición, mis dudas, mis aprietos Son el defecto de tu gran diamante. Pero en su noche, grávida de mármol, Un vago pueblo, entre raíces árboles, Por ti se ha decidido lentamente.
En una densa ausencia se han disuelto, roja arcilla absorbió la blanca especie, ¡la gracia de vivir pasó a las flores! ¿Dónde del muerto frases familiares, el arte personal, el alma propia? En la fuente del llanto larvas hilan.	Ya se han disuelto en una espesa ausencia, Roja arcilla ha bebido blanca especie, El don de vida ha pasado a las flores. ¿Dónde estarán las frases familiares, El arte personal, las almas únicas? En las fuentes del llanto larvas hilan.
Agudo gritos de exaltadas jóvenes, ojos, dientes, humedecidos párpados, el hechicero seno que se arriesga, la sangre viva en labios que se rinden, los dedos que defienden dones últimos, ¡va todo bajo tierra y entra al juego!	Gritos, entre cosquillas, de muchachas Ojos y dientes, párpados mojados, Seno amable que juega con el fuego, Sangre que brilla en labios que se rinden, Últimos dones, dedos defensores: Bajo tierra va todo y entra en juego.
Y tú, gran alma, ¿un sueño acaso esperas libre ya de colores del engaño que al ojo camal fingen onda y oro? ¿Cuando seas vapor tendrás el canto?	¿Y aún esperas un sueño, tú, gran alma, Que ya no tenga este calor d embuste Que a nuestros ojos muestran ondas y oro? ¿Cantarás cuando seas vaporosa?

<p>¡Ve! ¡Todo huye! Mi presencia es porosa, ¡la sagrada impaciencia también muere!</p>	<p>Todo huye, bah. Porosa es mi presencia, Y también la impaciencia santa muere.</p>
<p>¡Magra inmortalidad negra y dorada, consoladora de horroroso lauro que maternal seno haces de la muerte, el bello engaño y la piadosa argucia! ¡Quién no conoce, quién no los rechaza, al hueco cráneo y a la risa eterna!</p>	<p>Flaca inmortalidad dorada y negra, Consoladora de laurel horrible, Que en seno maternal cambias la muerte: Bello el embuste y el ardid piadoso. ¡Quién no sabe y no huye de ese cráneo Vacío, de esa risa sempiterna!</p>
<p>Deshabitadas testas, hondos padres, que bajo el peso de tantas paladas, sois la tierra y mezcláis nuestras pisadas, el roedor gusano irrefutable para vosotros no es que bajo tablas dormís, ¡de vida vive y no me deja!</p>	<p>Hondos padres, deshabitadas testas, Que sois la tierra y confundís los pasos Bajo el peso de tantas paletadas: No es para los durmientes bajo losas El roedor gusano irrefutable, Que no me deja a mí. De vida vive.</p>
<p>¿Amor quizás u odio de mí mismo? ¡Tan cerca tengo su secreto diente que cualquier nombre puede convenirle! ¡Qué importa! ¡Mira, quiere, piensa, toca! ¡Agrádale mi carne, aun en mi lecho, de este viviente vivo de ser suyo!</p>	<p>¿Acaso amor, o el odio de mí mismo? Tan cerca siento su secreto diente Que puede convenirle todo nombre. No importa. Siempre sueña, quiere, toca, Ve: le gusta mi carne. ¡Yo, yo vivo, Ay, de pertenecer a este viviente!</p>
<p>¡Zenón! ¡Cruel Zenón! ¡Zenón de Elea! ¡Me has traspasado con tu flecha alada que vibra, vuela y no obstante no vuela! ¡Su son me engendra y márame la flecha! ¡Ah! el sol... ¡Y qué sombra de tortuga para el alma, veloz y quieto Aquiles!</p>	<p>¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea! Me has traspasado con la flecha alada Que vibra y vuela, pero nunca vuela. Me crea el son y la flecha me mata. ¡Oh sol, oh sol! ¡Qué sombra de tortuga Para el alma: si en marcha Aquiles, quieto!</p>
<p>¡No! ¡No!... ¡De pie! ¡En la era sucesiva! ¡Cuerpo mío, esta forma absorta quiebra! ¡Pecho mío, el naciente viento bebe! Una frescura que la mar exhala,</p>	<p>No, no, no de pie. La era, sucesiva. Rompa el cuerpo esta forma pensativa. Beba mi seno este nacer del viento. Una frescura, del mar exhalada,</p>

ríndeme el alma... ¡Oh vigor salado! ¡Ganemos la onda en rebotar viviente!	Me trae mi alma. ¡Salada potencia! ¡A revivir en la onda, corramos!
¡Sí! Inmenso mar dotado de delirios, piel de pantera, clámide horadada por los mil y mil ídolos solares, hidra absoluta, ebria de carne azul, que te muerdes la cola destellante en un tumulto símil al silencio.	Sí, mar, gran mar de delirios dotado, Piel de pantera y clámide calada Por tantos, tantos ídolos del sol, Ebria carne azul, hidra absoluta, Que te muerdes la cola refulgente En un tumulto análogo al silencio.
¡Se alza el viento!... ¡Tratemos de vivir! ¡Cierra y abre mi libro el aire inmenso, brota audaz la ola en polvo de las rocas! ¡Volad páginas todas deslumbradas! ¡Olas, romped con vuestra agua gozosa calmo techo que foques merodean!	El viento vuelve, intentamos vivir Abre y cierra mi libro al aire inmenso, Con las rocas se atreve la ola en polvo. Volad, volad, páginas deslumbradas. Olas, romped gozosas el tranquilo Techo donde los foques picotean.

ANA

Versión de Carlos R. de Dampierre

Entre las blancas sábanas mezclada, abandonando
el cabello a los ojos con letal languidez,
ana mira sus brazos lejanos, reposando
suavemente en el vientre de lunar palidez.

Espira, aspira sombras su garganta serena,
y, apretando su carne, siente el recuerdo albar
de una boca cansada, de agua quemante llena,
con el sabor inmenso y el reflejo del mar.

Sola, desamparada, libre al fin de ser eco,
la durmiente desierta con manchas de color
flota en el lecho pálido, y con el labio seco
mama de las tinieblas aire amargo de flor.

Sobre el lienzo en que el alba insensible se inicia,
cae, de un brazo de hielo besado de carmín,

toda una mano rota, perdiendo la delicia
a través de los dedos que olvidaron su fin.

Para siempre, al azar de un sueño sin amantes,
limpio del brusco y triste deseo del varón,
Ana deja caer los racimos colgantes
de su parral de huesos, las pomos de pasión
que ambarinas reían vendimias implorando,
y su número áureo invocaba el vigor
y los extraños gestos que el hombre va inventando
en sus ansias agónicas de dar muerte al amor.

LOS PASOS

Versión de Charles Dampierre

Tus pasos, por el silencio creados,
avanzan santa, lentamente,
hacia el lecho de mi impaciente
vigilar. Fríos, callados.

Queridos, adorados pasos mudos,
que sin oír mis ansias adivinan,
¡Qué regalos celestes se encaminan
hacia mi lecho en unos pies desnudos!

Si, para mi sueño obseso,
tu boca haces avanzar
yo preparo el paladar
al alimento de un beso.

No lo apresures, ten calma,
dulzura de ser no siendo,
que de esperar voy viviendo

y son tus pasos mi alma.

LA DURMIENTE

Versión de Jorge Rojas

¿Qué secreto mi amiga quema bajo tu pecho?

¿A través de tu rostro huele el alma de una flor?

¿De qué vano alimento tu cándido calor

hace aquel puro brillo que te alumbra en tu lecho?

Sueños, respiración, abolido despecho...

Más fuerte eres que el llanto sosiego vencedor

cuando en tu pleno sueño redondez y temblor

de ese seno enemigo se alzan en acecho.

Mujer, montón dorado de sombras y de mimos

tu temible reposo tales dones retrata

lánguida cervatilla buscando los racimos.

Que a pesar de tu alma que el infierno encarcela

tu forma el vientre puro con el brazo recata

y mis ojos se abren mientras tu forma vela.

POESÍA

Versión de Edmundo Bianchi

Con sorpresa y emoción,
una boca que bebía
del seno de la Poesía
dijo, apartando el plumón:

¡Oh mi madre Inteligencia
de quien el dulzor fluyó!
¿Cuál extraña negligencia
ahora tu seno secó?

Sobre tu pecho divino
apenas ponía mi sien,
sentía el mecer marino
de tu corazón de bien;

recién, en la obscura niebla
que bajó hasta tu beldad,
sentía, al beber tiniebla
llenarme de claridad.

Dios diluido en tu esencia,
Lleno de felicidad
y dócil a la conciencia
De la gran tranquilidad,

Alcancé la noche pura
y olvidéme del no ser,

pues, un río de ventura
por mí parecía correr. .

¿Qué escrúpulo temeroso,
qué despecho te asaltó,
que tu fluir milagroso
en mis labios se cortó?

¡Oh rigor! Yo bien recelo
que tu alma se ofendió
el silencio, cisne en vuelo,
ya no reina entre tú y yo.

¡Oh Inmortal! Ya no me informa
de tesoros tu mirar
y se hizo piedra la forma
que yo sentí palpar

Me han privado tus agravios
hasta del cielo el claror.
¿Qué serás tú sin mis labios?
¿Qué seré yo sin tu amor?

Pero la fuente ya inerte
Le respondió sin pasión:
-¡Ay, me has mordido muy fuerte!
No late mi corazón.

POESÍA

Busco una palabra (dice el poeta),
una palabra que sea:
femenina
de dos sílabas,
que contenga P o F,
terminada en una muda,
y sinónima de desagregación, rotura,
y no culta, no rara.
Seis condiciones —por lo menos.

LA HILANDERA

Sentada la hilandera al azul de la ventana
donde el jardín melodioso se mece
la vieja rueca que ronca la embriaga.

Harta, habiendo bebido el azul, cansada de hilar la mimosa
cabellera, tan esquiva a sus débiles dedos,
ella sueña, y su pequeña cabeza se inclina.

Un arbusto y el aire puro forman un manantial vivo
que, suspendido en la luz, riega delicioso
con sus flores dispersas el jardín de la adormilada.

Un tallo, donde descansa el viento errante,
curva el vano saludo con su gracia estrellada,
dedicando, magnífico, a la vieja rueca, su rosa.

Pero la durmiente hila una lana aislada;

la frágil sombra se trenza misteriosamente
hilada al hilo de sus largos dedos dormidos.

El sueño se devana con languidez angelical,
y sin cesar, en el huso suave y crédulo,
la cabellera ondula a merced de la caricia...

Tras tantas flores, el azul se esconde,
hilandera de follaje y luz ceñida:
todo el cielo verde muere. El último árbol arde.

Tu hermana, la gran rosa donde una santa sonríe,
perfuma tu frente vaga con el viento de su aliento.
Inocente, y te crees languidecer... Te apagas

en el azul del vano donde hilabas la lana.

VALVINS

Si deseas desentrañar el bosque que te refresca
feliz, te fundes con las hojas, si estás
en el fluido esquife, eternamente literario,
siguiendo unos soles ardientemente situados

en la blancura de su flanco que el Sena acaricia,
conmovido, o presintiendo la tarde cantada,
según si el gran bosque empapa una larga trenza
y mezcla tu vela con lo mejor del verano.

Pero siempre cerca de ti, a quien el silencio entrega
a los gritos multiplicados de todo el azul crudo, tiembla
la sombra de alguna página dispersa de algún libro

tiembla, reflejo de una vela errante sobre
la carne polvorienta del río verde
en medio de la larga mirada del Sena entreabierto.

IL DISPERATO

Lo que será, pronto ya no será;
mañana está muriendo en este mismo día:
detrás de mí, que perderé lo que amo,
huye en verdad el flujo del tiempo por venir.

Días que llegaréis, estáis ya concluidos,
gentes que naceréis, hijos que el amor siembra
en el futuro con colores de poema,
muertos estáis, pues viviréis superfluos.

La vida es rica en falsa pedrería;
si acaece que la hora te sonrío
detén a la esperanza, una vieja fulana:

bajo su maquillaje mira la eterna mueca,
retén tu boca, o teme que al llegar la mañana
descubras que has besado a una inmunda babosa.

A LA PROFUNDA ROSA...

Umbría y honda rosa, fragante gruta en sombra,
oh Rosa de placer, cuyo placer es llanto,
rosa húmeda a la espera de una caricia errante
por sus bordes de cáliz donde la carne es flor,

con tu agua deliciosa, oh blanda Rosa, embriaga,
hasta el divino exceso de la dicha animal,
a un corazón que huyendo de la horrible aventura
de vivir, el veneno de su extraño mal bebe...

Deja que en ti se fundan los labios favoritos
cuya labor tan tierna y sinuosa aviva
en ti cada vez más, siempre más dulcedumbre;

mientras que la belleza que te lleva palpita
y palpitante inspira una ternura hermana
que su suspiro llama y que se precipita...

LO SIENTO, AMOR, PERO NO...

Lo siento, amor, pero no, no son flores,
rosas no son, ni crespos crisantemos,
son versos que imaginan que me amas,
versos sin más, tontos como las lágrimas.

Lo siento, amor, no son flores, tampoco
claros diamantes ni piedras de color
para entibiarse con tu dulce calor;
son versos que a tu paso voy sembrando.

Los voy robando a esa punzante pena,
pena por tí que siempre hacia la noche,
no importa dónde esté, festivo el rostro,

se hinca en mi ser y lo hace estremecerse...
Ah si pudieran, tan pronto como se hacen,
huir de mi cabeza hacia tu corazón...

¡Querido veneno mío,
todo, todo en tí, la carne,
la profunda cabellera,
la Venus de tu garbeo
y la Psique de tu espíritu,
y el corazón que me entiende,
que parece responderme,
todo en tí, todo me quema,
me enloquece por unirme
a ese caudal de emoción!

Era hermosa, con un corazón lleno de contrastes:

le gustaban los patos, el amor, los pederastas
que llevan el correo en bandeja de plata.
Seguía los cursos de los Maestros, pero soñando
en una lección bien distinta,
en claridades menos austeras,
en tales enseñanzas de otras complementarias,
en tal saber, seguido en la sombra, de un suspiro.
Era tierna. Era dulce acurrucarse
voluptuosamente, como una gata, en Ella.
Ver cómo iba muriendo el día en su pupila
muy cerca, y esperar en silencio el amor.